

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION

CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.....	Un mes..... 1 peseta
	Trimestre..... 2,50
	Año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.....	Un Trimestre..... 3 pesetas
	Semestre..... 6
	Año..... 12

DESDE CUBA

CRÓNICA DE LA GUERRA



La época de las lluvias.—Cómo llueve en Cuba.—El diluvio universal.—Suspensión de las operaciones.—Cómo pelean los insurrectos.—Un pueblo incendiado.—Detalles del hecho.—La hora del desquite.—El vómito.—La fiebre.—Tristezas.

No cesa de llover. «La época de las lluvias» amenaza no terminar nunca. Y mientras siga lloviendo no comenzarán las operaciones. Ya se han suspendido en el departamento Oriental. Todos los días amanece el cielo cubierto de nubes. Y si vieran ustedes qué modo de llover! Parece que, como en el diluvio universal, se abren las cataratas del cielo. El agua cae á torrentes, con furiosa impetuosidad... Y hace ya no sé cuantos meses que vivimos en esta tempestad, que, como ya he dicho, amenaza no terminar nunca ó terminar con nosotros...

Los insurrectos sí que no han suspendido sus operaciones militares. Milagro es el día que no recibimos noticia de alguna nueva hazaña realizada por esos señores.

Para ellos la guerra es la lucha sin tregua ni descanso. Y son partidarios de la teoría de que todos los medios son buenos para conseguir el fin que se apetece.

Todos los medios: la dinamita, el incendio...

Ayer, precisamente, se recibió la noticia de que el pueblo de Hongolosongo, del departamento de Santiago de Cuba, había sido incendiado por los insurrectos.

¿La causa? Pues ya pueden ustedes suponérsela. Los insurrectos, aprovechándose de que el pueblecillo estaba sin guarnición, entraron en él como Pedro por su casa, al grito de «viva Cuba libre!», intimando al vecindario á que hiciera causa común con ellos.

Aquellos beneméritos vecinos, que por lo visto no eran muy aficionados á meterse en libros de caballería, se negaron en redondo á seguir á los señores insurrectos, prestando que no tenían gran interés en que la isla fuese ó dejase de ser libre.

Y como los insurrectos las gastan como las gastan, decidieron saquear las miserables viviendas del infortunado pueblecillo y fusilar, como castigo, á unos cuantos de sus habitantes. Y aquella partida de foragidos, no satisfecha aún con la hazaña realizada, puso fuego por último al pueblo, y hoy no queda ya de Hongolosongo más que un montón de ruinas.

Hechos como este, tristísimo, que relato, ocurren todos los días.

¡Pero qué vamos á hacerle! La guerra, es la guerra. Y

ya llegará el día—y Dios quiera que no tarde mucho—en que podamos nosotros tomarnos el desquite.

**

Juro á ustedes que estoy deseando que llegue el momento de que éntremos en fuego.

El capitán de mi compañía trata de animarnos con hábiles promesas.

—¡Muchachos, hay que irse preparando para el día que nos llamen!

Y ese día, por las trazas, creo que no va á llegar nunca. Mientras tanto, el vómito sigue haciendo estragos en nuestras filas.

No hay camas en los hospitales para tantos enfermos. Cuando noto la falta de algún compañero, me dá pena preguntar por él.

Porque ya sé lo que van de contestarme. Que está con el vómito ó con la fiebre en cualquier casa de salud.

Yo, hasta la fecha, estoy tan sano y tan fuerte.

Pero cuando me voy al puerto y veo el mar, me entran unas tristezas muy grandes, pensando en la distancia que me separa de ustedes.

Porque morir de un machetazo, bueno; á eso he venido aquí, á darlos y á recibirlos; pero morir del vómito...

¡Y esa «época de las lluvias» que no termina nunca!

UN VOLUNTARIO.

LA CUESTIÓN DE CUBA

No hay sistema como el que nosotros defendemos. Por él cabe agrupar desde los municipios á las naciones sin que ninguno sienta menoscabada su personalidad ni padezcan las libertades de que goza. ¡Con qué facilidad se resuelve por él los más difíciles problemas! Ved el problema de Cuba. Los demás partidos no aciertan á resolverlo sino por las armas. Nosotros, por la sola aplicación de nuestro principio lo resolveríamos. Daríamos á Cuba la autonomía á que tiene derecho. «Depón tu espada» le diríamos; serás autónoma como las regiones de la Península. Tendrás tu Constitución, tu Gobierno, tus Cortes, tus milicias, tu Hacienda, el régimen administrativo que mejor te parezca. Estarás unida á la metrópoli solo por el vínculo de los comunes intereses: por los intereses mercantiles y los internacionales. España, lejos de ser tu opresora, será tu protectora. Por ella tendrás garantidos la libertad y el orden. Te amparará contra los egoísmos de raza y contra la codicia de otras naciones. Los peligros que otros ven en el tránsito del actual régimen al régimen autonómico, te los conjurará, si existen, tu madre Patria.

Como vosotros recordaréis, ya en 1873 quisimos concederle esa autonomía. Si lo hubiésemos podido llevar á cabo, ¡qué de males no habríamos puesto fin y término! Había entonces en Cuba una guerra como la de ahora, una guerra que duró diez años, y nos obligó á derramar torrentes de oro y sangre. Al nacer la guerra actual, no creo que lo hayais tampoco olvidado, aquí mismo encarecí la necesidad de ponerle fin con un convenio que tuviera la autonomía por base. Por un convenio, os decía, terminó la pasada guerra; por un convenio habremos de terminar la de ahora, después de devastada la isla y empobrecida la metrópoli. El convenio que hayamos de hacer más tarde, hagámoslo ahora, y ahorraremos sangre y dinero. No nos detenga ni un mal

entendido orgullo ni un falso patriotismo; ni sufre el orgullo nacional concediendo lo justo, ni es patriótico agravar por una guerra estéril la suerte de la Patria, ni es humano decidir por las armas lo que por la razón puede decidirse.

Han transcurrido desde entonces meses: la guerra continúa, y toma alarmantes proporciones. Es hoy, por lo menos, doble el número de los insurrectos, y cuentan con hombres notables por su fortuna, ó por su pericia militar, ó por sus luces. Teníamos aquí, entre nosotros, á uno de sus más aguerridos jefes, uno de los que más dieron que hacer en la pasada guerra de 1868; y ese hombre que gozaba aquí de buena posición, y tenía á uno de sus hijos al frente de uno de los mejores establecimientos odontológicos, con ese hijo acaba de salir para el teatro de la guerra, deseando luchar una vez más por la independencia de la isla. Nada hemos adelantado, á pesar de tener allí hasta 75.000 hombres. A mis ojos es ahora mayor que nunca la necesidad del convenio.

La prosecución de la guerra es tanto más dolorosa, cuanto que no rechaza la autonomía ni el mismo Cánovas, antes tan avaro en conceder reformas á las Antillas. Si Cánovas rechaza la autonomía, ¿por qué no ha de buscar en ella desde luego la solución del conflicto? Antes, dice, es necesario vencer al enemigo. Esto es meternos otra vez en el círculo vicioso donde hace veinte años nos metimos. Nosotros, decíamos entonces, no podemos hacer concesión alguna, interin los insurrectos no depongan las armas; y nosotros, decían los insurrectos, no podemos deponer las armas sin que se nos hagan concesiones. Encerrados en este círculo, diez años tuvimos de guerra; ¿es posible que no escarmentemos en bien de la común patria?

La guerra es desastrosa para nosotros, y lo es más para Cuba. Tras allí, por de pronto, la devastación y la ruina, y traerá después la agravación de la crisis porque hace tiempo atraviesa. La deuda de Cuba es grande: el año 1890 se hubo ya de decretar una emisión de 875 millones de pesetas en billetes hipotecarios al 5 por 100 para convertir la deuda de 1886, recoger los billetes de guerra, satisfacer los abonos del ejército y saldar la deuda del Tesoro. Aun suponiendo que la guerra concluyese pronto, esta crisis se agravaría considerablemente. Se acaba de hacer un empréstito de 75 millones de francos: pesarán éste y otros empréstitos sobre Cuba, ya que se los hace empeñando, y se los pagará vendiendo esos mismos billetes de 1890, todavía no puestos en circulación al estallar la guerra.

F. PI Y MARGALL.

(Discurso pronunciado en el Casino Federal).

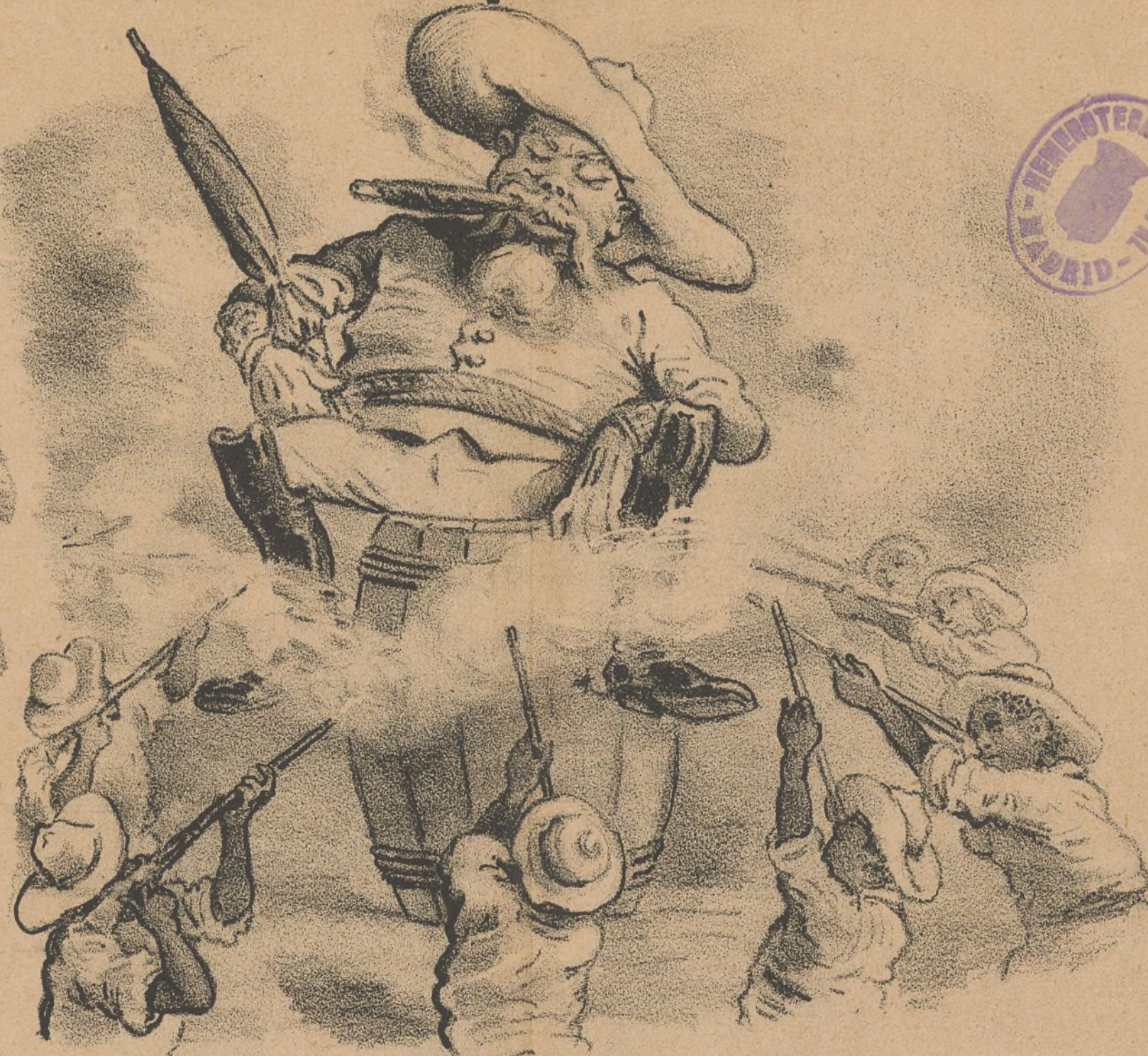
EL ANDAMIO

El cáñamo crugió; la angosta bamba describió un arco horrible allá en la altura; chocó el cuerpo de un hombre contra el muro, oyóse un grito de mortal angustia, la bamba fuertemente sacudida dibujó en su vaivén violentas curvas, y un cubo, dos pinceles y un obrero cayeron á la par en la vía pública. Después que los objetos rebotaron sobre los adoquines por vez última, se mezcló con la sangre roja y viva aquella cal de nitida blancura,

DON QUIJOTE



*Cual gritan esos malvados || que en cuanto escriba á Gaset
pero, juro por Moret, || les mando.....cuatro soldados.*



*Con quien quiso me batí || que alguna bala perdida
y no he pensado en mi vida || pudiera perderme á mi*



*Y al que de matarme trata || porque no le teme al plomo
con bala, el pelo le tomo, || el que hace guerras con plata.*



*Los que no tienen cubas
á Cuba van.*



*Y los que tienen cubas
aquí se están.*



*España no presumas || Aunque me hago la ciega,
que te la pego. || le ven el juego.*

Lit M. Bautista

Ayuntamiento de Madrid

formando un charco de color de rosa
que destellaba al sol como la púrpura.
—¡Al hospital!...—gritaron varias voces
aterradas, convulsas;
alguien improvisó sobre dos leños
un lecho de madera tosca y dura
que recibió en sus tablas
aquella masa ensangrentada y sucia.
Pusieron en camino los obreros,
y en pos al hospital marchó la turba;
y cuando acongojados transeúntes
alrededor del charco, rosa y púrpura,
comentaban el trágico suceso
y la tragedia muda,
se acercó el propietario de la finca
al maestro, y mirando hacia la altura
dijo:—¡Que descuelguen el andamio
que arriba se columpia,
porque me está arañando las paredes
y ahora cuesta muy cara la pintura!

MIGUEL REY RIVADENEIRA.

PALABRAS IMPRUDENTES

Las últimas declaraciones del general Martínez Campos han producido penosísimo efecto en la opinión.

El jefe de nuestro ejército en Cuba, á vuelta de alguna que otra baladronada pueril, ha venido á declarar en síntesis, que para vencer á la insurrección hacen falta más hombres, más hombres y, por consiguiente, más dinero.

El general—que no tuvo nunca la virtud de la discreción—ha hecho constar también que nuestro triunfo es seguro, pero que la victoria ha de costarnos mucha sangre...

El Sr. Martínez Campos ignora, sin duda, que la sinceridad puede á veces hasta constituir materia de delito.

Alarmar á la opinión, más de lo que ya lo está, no nos parece discreto, ni siquiera sensato.

Es seguro que el Sr. Martínez Campos se vería en grave aprieto si le preguntaran:

—¿Qué es discreción?

De las imprudentes palabras del general, relativas á nuestras relaciones con los Estados Unidos, no queremos hablar. Impidennoslo razones de patriotismo.

El jefe de nuestro ejército en Cuba, no sólo ha declarado que le parece probable que el gabinete de Washington reconozca la beligerancia de los insurrectos, sino que ha hecho constar que sería conveniente á los intereses patrios que los señores yankees nos declarasen la guerra.

Estas imprudentes palabras—que pueden dar lugar á una reclamación diplomática—han sido juzgadas hasta por los mismos periódicos ministeriales con la dureza que se merecen.

El general Martínez Campos, siempre ligero é irreflexivo, crea á la nación con sus imprudencias un nuevo y tremendo conflicto.

Que la responsabilidad de lo que ocurra caiga directamente sobre él.

El Sr. Martínez Campos ha declarado también que si el gobierno no está satisfecho con su conducta puede destituirlo.

Conque ya sabe el Sr. Cánovas lo que tiene que hacer.

EPITAFIOS

Yace aquí la hermosa Lola,
que siempre á las bacanales
iba con traje de cola.
Esta se pintaba sola
para sacar credenciales.

Aquí yace un militar
que se supo sublevar
y ser general logró;
mas luego hizo fusilar
á otro que se sublevó.

El que en esta tumba fría
yace envuelto en negros paños,
fué ministro solo un día
y estuvo treinta y seis años
cobrando la cesantía!

Aquí en esta mansión yace un alcalde
que de la vara nunca se apartaba,
Con la vara de alcalde iba á paseo,
con la vara de alcalde estaba en casa,
con la vara de alcalde iba á la iglesia,
con la vara de alcalde iba á la cama,
y al morir este alcalde dejó dicho
que por Dios le enterraran con la vara.

De Cuba, un alto empleado,
yace en esta sepultura,
y, según cuentan las crónicas,
fumaba tanto ya en Cuba,
que, si no muere tan pronto,
¡se la fuma!

Fray Gaspar y fray Andrés
yacen en esta mansión:
murieron de un atracón
de monja... dicho al revés.

VICENTE RUBIO.

MARGALLO

El deber no tiene entrañas. Pide víctimas y más víctimas. Acreedor implacable, rechaza la disculpa y desoye el ruego. O cobra ó deshonor. La equidad jamás informa sus decisiones.

Margallo fué una de las víctimas de estos crueles caprichos del deber. Los maquiavelismos seniles de Sagasta, temeroso que el descontento interior, la protesta sorda, se trocase en rebelión sangrienta, hicieron que los sucesos de Melilla tomasen á los ojos de la opinión más importancia de la que en sí tenían.

La marejada subía amagando invadirlo y arrastrarlo todo. Los alaridos de las multitudes descontentas atornaban el aire y amedrentaban á los gobernantes. Regiones enteras se declaraban en rebelión mansa y organizaban juntas de defensa dispuestas á trocarse en comités de salvación cuando las vecinas contingencias del pleito entablado con el gobierno las obligase á la lucha armada. Los pueblos privados de sus juzgados, abrumados por nuevos y odiosos tributos se alzaban en violentos motines, mal dominados por las descargas de la guardia civil. Amedrentado é impotente el gobierno de Sagasta para conjurar la tormenta que encima se le venía, buscó en el heredado odio al moro, motivo que desviase la atención separándola de la gestión ministerial.

Pero aquel gobierno encontró pronto su castigo. Las kábilas se desbordaron rabiosas sobre el campo de Melilla; el puñado de soldados que defendía la plaza, supo honrar como siempre el uniforme español, despreciando el peligro y desafiando impávido la muerte.

En aquella lucha sucumbió Margallo, que no logró domar el sañudo destino y no pudo vencer á los furiosos rifeños, pero sí morir con gloria al frente de sus soldados.

Glorifiquemos en el segundo aniversario de su muerte al heroico general que dió su vida por la patria.

CANTARES POLÍTICOS

Madre, yo no sé que tiene
el cargo de concejal,
que entran todos sin un cuarto
y salen con capital.

Serrana, cuando me veas
á las puertas de la muerte
no me recuerdes el nombre
del conde de Canga Argüelles!

Mira tú si te querré,
que por tu cariño aguanto
un discurso de Fabié.

Por la calle arriba
por la calle abajo,
paseando el señor Aguilera,
parece el Pelayo.

Te diera de penitencia
por tu proceder ingrato,
que te hablase de los trigos
el señor Cuesta y Santiago.

A la puerta de un estanco
me puse á considerar,
la nariz de Sanchez Toca
¡cuántas pulgadas tendrá!

No me quisiera morir
sin ver lo que tiene dentro
de la mollera Pasquín.

Me quisiste y te quise,
me adoraste, te adoré,
pero no me has dicho aún
quien es López Puigcerver.

Si te hice daño gitana
puedes echarme á presidio,
¡pero no me leas por Dios
versos de Fernández Grilo!

Para feo Vega Armijo,
para guapo Capdepón,
y para darnos el queso,
Romero y Alberto Bosch.

¡Qué desgraciadito soy,
y qué grandes son mis penas!
En el hospital me muero
porque me pisó Becerra.

Pobrecitos presidiarios
que pasan años mortales
arrastrando la cadena
y no han sido concejales.

EDUARDO ROSON.

LANZADAS

El teniente Gallegos, que mandaba el pailebot *Dos de Mayo*, ha sido absuelto.

Creemos la absolución, si no del todo justa, piadosa, y por eso la aplaudimos.

El teniente Gallegos consideró—y consideró bien—que la vida de cinco hombres valían más que media docena de fusiles y un puñado de pólvora.

Nuestra enhorabuena al tribunal sentenciador.

Las últimas declaraciones del general—si Dios no lo remedia—van á producir la muerte de dos ó tres ministros.

Porque, según parece, algunos de esos señores no están conformes con las manifestaciones hechas por el «heroico caudillo.»

Y están dispuestos á dimitir.

La noticia me sorprende

me sorprende, si, señor.

¡Porque dimitir Romerol...

¡Porque dimitir el Bosch!

Los periódicos ministeriales no pierden ocasión de decirnos que el Sr. Cánovas aprueba en todas sus partes las declaraciones del Sr. Martínez Campos.

Bueno ¿pero las aprueba la opinión?

Porque eso es lo importante.

En el teatro de Apolo se ensaya una pieza titulada *Los titiriteros*.

La tal obra, según nuestras noticias, será representada por varios acreditados amigos de D. Emilio.

La iglesia conmemora estos días la fiesta de los difuntos.

Acordémonos de las víctimas sacrificadas por los gobiernos de la restauración.

Acordémonos de los asesinados de Ríotinto, en Montblanch, de San Sebastián...

La noticia de todas las semanas.

El señor conde de la Mortera, coronel de voluntarios, no se ha embarcado aún para Cuba.

¡Estará esperando que termine la «época de las lluvias.»

Una gacetilla de Estrañi, que merece leerse:

«Ya adiviné la sorpresa
que va á dar á la nación
dentro de poco el ilustre
gobierno conservador,
con un acto que, según
Cánovas manifestó,
el día que se realice
va á asombrarse á todo Dios.
Anoche mismo soñando
tuve la revelación
y, en efecto, es asombroso
lo que piensan hacer los
ministros de la corona
en la presente ocasión.
Cánovas dijo que iban
á dar un ejemplo atroz
—atroz en el buen sentido—
de sublime abnegación,
de patriotismo ferviente
y de indomable valor.
Esto se armoniza bien
con lo que he soñado yo
que van á hacer los ministros
con noble resolución.
Van á cambiar sus gabanes,
levitas y paletots
por el traje de mecánica
del ejército español,
y dentro de algunos días
vendrán á esta población
confundidos con la tropa
que marchará en un vapor
á batir en la manigua
á Maceo y á Roloff...!
¿No es esto para asombrar
á las gentes? ¡Sí, señor!
Y aun es digno de que todos
gritemos con fuerte voz:
¡Viva el ilustre magnánimo
Gobierno conservador!»

DIEGO PACHECO LATORRE, IMPRESOR,

Plaza del Dos de Mayo, 5.